

ventura Belerma<sup>a</sup>! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las<sup>b</sup> que lloraron vuestros hermosos ojos!...<sup>c</sup>»

Con grande atención<sup>d</sup> escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decía, y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

«— ¿Infierno le llamáis? — dijo D. Quijote. — Pues no<sup>e</sup> le llaméis<sup>f</sup> así<sup>g</sup>, porque no lo merece, como luego veréis.» Pidió que le diesen algo de comer, que tenía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde hierba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y, sentados todos tres en buen amor y compañía<sup>h</sup>, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo D. Quijote de la Mancha<sup>i</sup>: «— No se levante nadie, y estadme, hijos, todos<sup>j</sup> atentos.»

a. ...Balerna. BR.<sub>4</sub>. = b. ...aguas la que. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = c. ...ojos escuchaban el. C.<sub>4</sub>. — ...ojos. Escuchaban el. BR.<sub>4</sub>. — ...ojos! Escuchaban. BR.<sub>5</sub>, TON. — ...ojos escuchaban. FK. = d. Con admiración escuchaban. ARG.<sub>3</sub>. = e. ...pues

do le. BAR. = f. ...llamais. BR.<sub>4,5</sub>. = g. ...así. TON. — ...asi. ARR., MAI., FK. = h. ...y compañía. BR.<sub>4</sub>, TON., ARR., GASP. — ...y compañía. BAR. = i. ...Don Quijote no. V.<sub>3</sub>. BAR. = j. ...hijos los dos atentos. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ.



## CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa

Las cuatro de la tarde serían cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo

« Los romances de Montesinos y Durandarte no son los mejores ni los más viejos entre los carolingios; pero tienen asegurada la inmortalidad, merced al grande artista que los recogió amorosamente, los completó y restauró, infundiéndoles nueva y más alta poesía, á un tiempo cómica y fantástica, y colocó á sus héroes en lugar preeminente de la fábula más deleitosa que han visto las edades.

Cervantes, con la fuerza de asimilación y condensación, que es uno de los caracteres del genio, no vió los romances aislados y secos en las páginas de un libro, sino volando como palabras vivas en boca de las gentes y marcando su huella en todas las tierras por donde pasaban. Peregrino alquimista de la realidad y de la fantasía, extrajo tesoros de la una y de la otra, y el más árido paisaje se convirtió en selva encantada al toque de su mágica varilla. Una geografía poética, en parte tradicional, en parte inventada, reminiscencias de las metamorfosis clásicas y de los prestigios, encantamientos y visiones de la literatura caballeresca, todo se congregó en el espacioso ámbito de la cueva de Montesinos, donde el escudero Guadiana, trocado en río, y la dueña Ruidera y sus hijas, llorando hilo á hilo el caso acerbo de su señora, forman cortejo á Durandarte, Montesinos y Belerma. » (1)

(1) *Antología de poetas líricos. Tratado de los romances viejos*, pág. 425.



que en la cueva de Montesinos había visto; y comenzó en el modo siguiente:

« — Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio  
5 capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos <sup>a</sup> en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura <sup>b</sup> región  
10 abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y, así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes <sup>c</sup> de oirme. Fuí recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase. Y, estando en este pensamiento y confusión, de repente  
15 y sin procurarlo me saltó <sup>d</sup> un sueño profundísimo; y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar  
20 la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana.

a. ...responden abiertas en. C.4, BR.4,5, Bow. — ...responden abiertas en. PELL. | = b. ...oscura. MAI. = c. ...debisteis. GASP. = d. ...me saltó un. FK.

Línea 3. « — Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra. — Ya había hablado, en *La Gitanilla*, de esta medida longitudinal:

« Volvió en sí, cantó la burla de la gitana, y con todo eso cavó en la parte señalada más de un estado en hondo, á pesar de cuantos le decían que era embuste mio. »

16. ...de repente y sin procurarlo me saltó un sueño profundísimo. — El dulcísimo ensueño, nacido de agradables alucinaciones, que se apoderó de nuestro caballero, fué tal, que no es fácil formarse idea aproximada ni aun acudiendo al procurado con cigarrillos de opio ó con una dosis fuerte de *davamese*. Aquel hallarse en la mitad del más bello y ameno prado que pueda criar la Naturaleza ni imaginar la fantasía; aquel representarse un alcázar de transparente cristal y una procesión de hermosas doncellas; aquel regalarle los oídos con el anuncio de tantas maravillas como de él había profetizado el sabio Merlin; y, por fin, aquel entusiasmo con que vieron sus ojos solazarse por los amenos campos á la sin par Dulcinea, á la princesa del Toboso, trocada antes por Sancho en una villana de Sayago; es cuadro tan bello, tan espléndidamente fantástico, que ni los mismos fumadores del zumo concreto de la adormidera lograrán fácilmente alcanzarlo ni aun en el pleno goce de sus más deliciosos ensueños, pues, como decía el Hidalgo manchego cuando salió de la cueva, le habían quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado.

Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era  
5 allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente <sup>a</sup> y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el  
10 suelo le arrastraba. Ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de <sup>b</sup> raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanésa negra; y la barba, canísima, le pasaba de la cintura. No traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo <sup>c</sup> como huevos medianos de avestruz <sup>d</sup>. El continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: « — Luengos tiempos ha, valeroso  
15 » caballero <sup>e</sup> D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas 20

a. ...de transparente y. A.2, ARR., CL. RIV., GASP., ARG.1,2, BENJ. = b. ...colegial y raso verde. GASP. = c. ...dieces como. BR.5, TON. = d. ...avestruz; y el. BR.5. — ...avestruz; y el. TON. = e. ...valeroso Don Quijote. BENJ.

1. *Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía... pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora.* — De este modo dramatizó Cervantes, en sentir de algunos, aquel principio filosófico, el famoso entimema de Descartes: *Pienso: luego soy*, que aseguran estar copiado de este silogismo de Gómez Pereyra: *Lo que conoce, es. Yo conozco: luego, yo soy.*

Dejemos discutir á los fundadores del psicologismo moderno, y digamos que el Hidalgo manchego, por ventura sin percatarse de ello, probó que existía, puesto que pensaba, ó, como él dijo, porque hacia *discursos concertados*, habiendo sido allí (cuando le saltó el sueño) el mismo que era al referirlo. No obstante, conviene, antes de cerrar esta nota, oír al *primer historiador* de la filosofía española (1):

« Esta no es la filosofía de D. Quijote, ni tampoco la filosofía de Sancho Panza, sino ambas reunidas, combinadas, simbolizando direcciones que podrán aparecer como diversas, pero que no son sino formas de idéntica materia. Por eso vemos que en unas ocasiones parécenle á D. Quijote las razones de Sancho « más de filósofo que de mentecato » (II, 59) y aún le asegura que está « muy filósofo » (II, 66), mientras en otras es Sancho Panza quien pone á su amo por los cuernos de la luna (II, 22). »

(1) D. Adolfo Bonilla.



» soledades<sup>a</sup> encantados esperamos verte para que des noticia al  
 » mundo de lo que encierra y cubre<sup>b</sup> la profunda cueva por donde  
 » has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guar-  
 » dada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo  
 5 » estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar  
 » las maravillas que este transparente<sup>c</sup> alcázar solapa, de quien yo  
 » soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Mon-  
 » tesinos, de quien la cueva toma nombre. »

a. ...soledades encerrados y encanta- | c. ...este transparente alcázar. A.<sup>2</sup>, ARR.,  
 dos. Ton. = b. ...y cubra la. BR.<sup>3</sup>, = | CL., RIV., GASP., FK.

6. ...de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre». — ¿Cómo no ha de sugestionar al lector encontrarse ahora con Montesinos, cuyo paso, gravedad y continente suspendieron y admiraron á D. Quijote? Ciertamente, este venerable anciano, retratado aquí magistralmente, tiene antigua y larga historia poética: es aquel hijo del conde Grimaltos y de la hermana de Carlomagno, más relacionado por sus semejanzas, pero sólo genéricas, con la canción de Aiol que con la leyenda de Tomillas, causa de sus grandes desventuras. Venido al mundo junto á una fuente, en desamparada montaña, durante el triste destierro de sus padres, causado por la traición de Tomillas, le bautiza un santo ermitaño, á quien encuentran haciendo penitencia en aquella espantosa soledad:

«Allí le rogó el conde — quiera el niño bautizar.  
 Pláceme, dijo, de grado; — mas ¿cómo le llamarán?  
 Como quisieredes, Padre, — el nombre le podréis dar.  
 Pues nació en ásperos montes, — Montesinos le dirán.»

Rodeado de las mayores privaciones, transcurrieron los primeros quince años de su existencia, hasta que

«Á vente y cuatro de Junio — día era de San Juan,  
 Padre y hijo paseando — de la ermita se van.  
 Encima de una alta sierra — se suben á razonar.  
 Cuando el conde alto se vido, — vido á Paris, la ciudad.  
 Tomó al hijo por la mano, — comenzóle de hablar,  
 Con lágrimas y sollozos — no deja de suspirar...  
 — Cata Francia, Montesinos, — cata Paris la ciudad,  
 Cata las aguas del Duero — do van á dar en la mar;  
 Cata palacios del rey, — cata los de don Beltran,  
 Y aquella que ves mas alta — y que está en mejor lugar  
 Es la casa de Tomillas, — mi enemigo mortal.»

Como Aiol, Montesinos toma la derrota de Paris, preséntase allí excitando las burlas por lo roto y mal traído de su vestimenta, é, hiriendo luego en la cabeza con un tablero de ajedrez, mata á Tomillas como Reinaldos á Berthelot.

Otros juglares atribuyeron también á este héroe carolingio amores y aventuras como las de Guiomar, cuyo romance comienza:

«Ya se sale Guiomar — de los baños de bañar  
 Colorada como la rosa — su rostro como cristal.»

Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba<sup>a</sup> se contaba, que

a. ...de acarriba fe. C.<sup>4</sup>, V.<sup>3</sup>, BR.<sup>4</sup>, BAR., BOW.

Que tal romance sea de pura invención; que esté desprovisto de fundamento histórico, diga lo que le plazca Ambrosio de Morales, fundado en cierta tradición popular, tradición que en modo alguno puede referirse á la Mancha, es afirmación tenida hoy por indiscutible, y sería asunto enteramente ajeno á la narración cervantina distraernos ahora en su exposición, ya que, más lógico en el enlace de los hechos, el sin par novelista sólo habla de Montesinos en lo que atañe á la muerte de Durandarte y al dolor de Belerma, su adorada esposa; pero al lector poco versado en historias caballerescas y en la rota de Roncesvalles, acaecida á fines del siglo VIII, hásele de advertir, para la cabal inteligencia del texto, que, aparte de la *Chanson de Roland* y de mil canciones referentes á dicho martirio militar, que andan en estas y aquellas leyendas de Europa, en España hubo particularmente un modo de perpetuar en la memoria del pueblo todas las tradiciones poéticas que corrian en torno de tan celebrado hecho. Fueron sus sencillos propagadores los romances escritos con libertad de imaginación y como recuerdo vago para deleite del pueblo. Uno de éstos, cuyas variantes no hacen al caso, sirvió para enlazar la historia de Montesinos y Durandarte con las tradiciones y nombres topográficos de la Mancha. Al leerlos diríase que se oyen aún las tiernas y patéticas palabras del primero de estos héroes á su primo ya moribundo:

«Durandarte, Durandarte, — Dios perdone la tu alma,  
 Y á mi saque deste mundo — para que contigo vaya.»

Pero ¿cómo, — se replicará, — ha podido incorporarse á las tradiciones poéticas de España ésta, que, en lo que mira á los héroes carolingios, es enteramente francesa? ¿Cómo el generoso y esforzado Montesinos vino á ocupar lugar preeminente en la deleitosa fábula del D. Quijote?... ¡Ah! Pecaríamos de temerarios si tratásemos de puntualizar los caminos, atajos y encrucijadas que hubo de recorrer hasta el momento de inmortalizar á la más famosa de las cuevas. Baste decir que las tradiciones locales de la Mancha corren en algunos puntos á par de los romances, y que, si aquellas hacen constar particularmente la residencia de Montesinos en tales lugares, éstos vienen no pocas veces en su apoyo. Uno, por ventura lindísima joya de nuestra poesía popular, pinta en forma lírica y envuelto en atmósfera fantástica lo que eran la Fontefrida y la Rosa Fresca, la doncella Rosaflorida:

«En Castilla hay un castillo, — que se llama Rocafrida;  
 Al castillo llaman Roca, — y á la fuente llaman Frida.  
 El pie tenía de oro — y almenas de plata fina;  
 Entre almena y almena — está una piedra zafira;  
 Tanto relumbra de noche — como el sol á mediodía.  
 Dentro estaba una doncella — que llaman Rosaflorida:  
 Siete condes la demandan, — tres duques de Lombardia;  
 A todos los desdeñaba, — tanta es su lozania.  
 Enamoróse de Montesinos — de oídas, que no de vista.  
 Una noche estando así, — gritos da Rosaflorida:  
 Oyérala un camarero, — que en su cámara dormía:



él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole<sup>a</sup> á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondiome que en todo decían verdad, sinó en la daga; porque no fué daga,  
5 ni pequeña<sup>b</sup>, sino un puñal buido más agudo que una lezna.

— Debía de ser, — dijo á este punto Sancho, — el tal puñal, de Ramón de Hoces, el Sevillano.

— No sé... — prosiguió D. Quijote. — Pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde  
10 aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

— Así es, — respondió el primo. — Prosiga vuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

15 — No con menor lo cuento yo, — respondió D. Quijote; — y, así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobremodo y toda<sup>c</sup> de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce  
20 ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros se-

a. ...y llevándole a la señora. BR.<sub>5</sub>. | ARG.<sub>3</sub>. = c. ...toda entosada de alabastro. ARG.<sub>2</sub>.  
= b. ...ni pequeña ni grande sino un.

¿Qué es aquesto, mi señora? — ¿Qué es esto, Rosaflorida?  
Ó tenedes mal de amores, — ó estáis loca sandia.  
Ni tengo mal de amores, — ni estoy loca sandia;  
Mas llévasesme estas cartas — á Francia la bien guarnida;  
Diésselas á Montesinos, — la cosa que más quería;  
Dile que me venga á ver — para la Pascua Florida.»

«No hay romance alguno, sin exceptuar los históricos, que se haya adherido tanto como éste á las consejas y memorias locales, á la toponimia geográfica, no olvidada todavía.»

Tiene razón el autor de las anteriores líneas, puesto que este romance hace referencia á la *Relación de la Solana*.

1. ...él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte. — El pensamiento de la muchedumbre, que D. Quijote hace suyo, está en armonía con lo que se cuenta en el romance:

«Con una pequeña daga  
Sacábale el corazón  
Como él se lo jurara.»

Montesinos, pues, alteró la verdad de la tradición recibida, afirmando que no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido.

pulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: «— Este es mi amigo Durandarte, flor y es-  
5 » pejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo. Tié-  
» nele aquí encantado (como me tiene á mí y á otros muchos y  
» muchas) Merlín, aquel francés<sup>a</sup> encantador que dicen que fué  
» hijo del diablo; y lo<sup>b</sup> que yo creo es que no fué hijo del diablo,  
» sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo  
10 » ó para qué nos encantó, nadie lo sabe; y ello dirá andando los  
» tiempos, que no están muy lejos según<sup>c</sup> imagino. Lo que á mí  
» me admira es que sé tan cierto como ahora es de día que Duran-  
» darte acabó los de su vida en mis brazos, y que, después de muer-  
15 » to, le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que

a. ...aquel famoso encantador. ARG.<sub>1,2</sub>. | ...y lo que creo. TON. = c. ...segun me imagino. BAR.  
BENJ. = b. ...y que lo creo. BR.<sub>5</sub>. —

6. *Tiénele aquí encantado... Merlín, aquel francés encantador que dicen que fué hijo del diablo.* — En el *Victorial* de Gutierre Díez de Gámez, publicado por Llaguno con título muy diverso y suprimiendo ocho grandes capítulos, hay un pasaje curiosísimo sobre Merlín:

«Guardadvos non creades falsas profecias, nin ayades fiucia en ellas, asi como son las de Merlín, é otras; que verdad vos digo, que estas cosas fueron engeniadas é sacadas por sotiles omes é cavilosos para privar é alcanzar con los Reyes é grandes señores... E si bien paras mientes, como viene Rey nuevo, luego facen Merlín nuevo. Dican que aquel Rey ha de pasar la mar é destruir toda la morisma, é ganar la Casa Sancta, é ser Emperador: é despues vemos que se face como á Dios place... Merlín fué un buen ome, é muy sabio. Non fué fijo del diablo, como algunos dicen; ca el diablo, que es esprito, non puede engendrar: provocar puede cosas que sean de pecado, ca esse es su oficio... Mas Merlín, con la grand sabiduria que aprendió, quiso saber más de lo que le cumplia, é fué engañado por el diablo, é mostróle muchas cosas que dixesse; é algunas dellas salieron verdad; ca esta es manera del diablo: é aun de cualquier que sabe engañar, lanzar delante alguna verdad, para que sea creido... Asi en aquella parte de Inglaterra dixo algunas cosas que fallaron en ellas, algo que fué verdad; mas en otras muchas falleció; é algunos que agora algunas cosas quieren, componenlas é dicen que las falló Merlín.» (*Crónica de Don Pedro Niño*, pág. 29 y 30.)

13. ...sé tan cierto como ahora es de día que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que, después de muerto, le saqué el corazón. — Juntos en uno van los romances de Montesinos y los de su primo Durandarte, herido de muerte en Roncesvalles:

«Muerto yace Durandarte — al pie de una alta montaña,  
Llorábalo Montesinos, — que á su muerte se hallara:



» debía de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que  
 » tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene  
 » pequeño. Pues, siendo esto así y que realmente murió este caba-  
 » llero <sup>a</sup>, ¿cómo ahora se queja y suspira <sup>b</sup> de cuando en cuando  
 5 » como si estuviese vivo? » Esto dicho, el <sup>c</sup> mísero Durandarte,  
 dando una gran voz, dijo:

« — ¡Oh mi primo Montesinos!  
 » Lo postrero que <sup>d</sup> os rogaba <sup>e</sup>,  
 » Que, cuando yo fuere muerto  
 10 » Y mi ánima arrancada,  
 » Que llevéis <sup>f</sup> mi corazón  
 » Adonde Belerma estaba,  
 » Sacándomele del pecho,  
 » Ya con puñal, ya <sup>g</sup> con daga. »

15 Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante  
 el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: « — Ya,

*a. ...Cavallero (dixe yo) como ahora.* TON. = *b. ...y suspira de.* BR.<sup>g</sup>, TON., BOW., A.<sup>2</sup>, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.<sup>1,2</sup>, MAI., BENJ., FK. = *c. ...el mismo Durandarte.* ARG.<sup>2</sup> = *d. ...que yo os.* BR.<sup>g</sup>, TON. = *e. ...os rogué fué que.* TON. = *f. ...que llevarades mi.* TON. = *g. ...puñal y con.* FK.

Quitándole está el almete, — desciniéndole el espada;  
 Hácele la sepultura — con una pequeña daga;  
 Sacábale el corazón, — como él se lo jurara,  
 Para llevar á Belerma, — como él se lo mandara...

Bello es aquel pasaje en que se dice:

Volvió sus ojos Belerma, — que mil perlas destilaban,  
 Vió venir á Montesinos, — de la infelice batalla...  
 ¿Qué es de tu querido primo? — ¿dónde está? ¿cómo quedaba?  
 Muerto queda, mi señora, — debajo una verde haya;  
 Veis aquí su corazón; — yo mismo se lo sacara,  
 Porque al punto de la muerte — la palabra me tomara,  
 Porque vieses tú, señora, — cuánto dél eras tu amada,  
 Y porque aves ningunas, — indignas de tal vianda,  
 No comiesen corazón — donde estabas tú fijada,  
 Al cual podrás hacer honra, — que él en vida deseaba.»

3. *Pues, siendo esto así y que realmente murió este caballero (dije yo), ¿cómo ahora se queja y suspira.* — El *dije yo*, novedad introducida por Tonson, parece muy razonable, puesto que, á nuestro juicio, es D. Quijote quien habla aquí; pero, respetando el texto tradicional, seguimos leyendo como Juan de la Cuesta.

» señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me man-  
 » dastes <sup>a</sup> en el aciago día de nuestra <sup>b</sup> pérdida: yo os saqué el cora-  
 » zón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el  
 » pecho; yo le limpié con un pañuelo de puntas; yo partí con él  
 » de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de 5  
 » la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las  
 » manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos an-  
 » dado en las entrañas. Y, por más señas, primo de mi alma, en el  
 » primero <sup>c</sup> lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de 10  
 » sal en vuestro corazón por que no oliese mal y fuese, si no fresco,  
 » á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma <sup>d</sup>, la  
 » cual, con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero,

*a. ...me mandaste en.* MAI. = *b. ...de* primer lugar. MAI. = *d. ...Belerma á la*  
*vuestra pérdida.* ARG.<sup>1,2</sup>, BENJ. = *c. ...el* CL., RIV., ARG.<sup>2</sup>, FK.

1. *...ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida.* — Con estas mismas palabras citó Garrido la batalla de Roncesvalles: « Día, — dice, — no se vió tan aciago. »

12. *...con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero.* — Como muchas cosas, el Guadiana ha tenido y tiene sus hados: hoy mismo, con ser tan famoso, seducidos por engañosas apariencias, lo empequeñecen convirtiéndole en afluente del Zancara ó Jigüela; pero la voz de los siglos, llegada hasta nosotros por los que recorrieron aquella región, ya en expediciones cinegéticas (como la del Canciller López de Ayala, ya científicas (como la efectuada por la Comisión del mapa geológico de España), se ha impuesto de tal suerte, que es indisputable la celebridad del Guadiana, y su leyenda, apadrinada hoy por la Ciencia, dice que aquel puente de ocho leguas, donde pacían y sesteaban numerosos rebaños, más que como un mito ha de tenerse por hecho real que cabe dentro de la ciencia geológica.

Á la objeción de que sus ojos, por los que aparece en forma de borbotones el caudal perdido, están más altos que el lugar en que se oculta; al reparo de que la filtración es un cuento infantil; responde el Instituto geográfico que existe un desnivel de 29 metros en sentido inverso á lo que suponían algunos escritores de la pasada centuria porque, sin duda, desconocían la disposición del terreno y espesor de las capas.

« El fenómeno de la aparición de aguas, que antes corrieron ocultas, no es sólo del Guadiana, lo es también del Zancara, ó, por lo menos, lo fué, según testimonio antiguo, que nos dice que, aunque corre en los inviernos, se seca en verano, y que junto á la torre de Vejezate hay unos piélagos de agua que se llaman « Ojos de la Torre », los cuales jamás se han visto dejar de estar llenos de agua y correr desde allí abajo lo que sale de ellos, y así cobra alguna fuerza el dicho río. » (1)

Fenómenos semejantes se observan en las *catavotras*, los *carsos* y los *causes* (simas) de Grecia, Austria y Francia, respectivamente.

(1) A. BLÁZQUEZ. *La Mancha en tiempo de Cervantes.*